PRESENTACIÓN

El siglo XX vio cristalizar en Yucatán, como en algunas otras regiones de México, grupos de intelectuales locales que al mismo tiempo que se abrieron y fueron influidos por diversas corrientes del pensamiento de Latinoamérica, Europa o Estados Unidos, se ocuparon antes que nada de su entorno social y de su historia. El auge henequenero del Porfiriato permitió generar núcleos de pensamiento artístico y científico de calidad en la península de Yucatán, lo que facilitó la aparición de una nueva generación de pensadores y artistas con mayor preparación intelectual. La Revolución Mexicana y el socialismo yucateco, a su vez, introdujeron desde la segunda década del siglo XX, la búsqueda de la identidad regional y la revaloración de la cultura y la población maya como tema central del discurso político y estético. Lo maya y lo yucateco se pusieron en el centro de la vida y el espacio público. Fueron estimados, rescatados, utilizados, manipulados, deformados, diluidos, destruidos, contruidos y reconstruidos para todos los fines imaginables. De cualquier manera en Yucatán han quedado como un elemento indisoluble de la vida política hasta el día de hoy.

Esta preocupación central por la identidad local y regional, por lo maya y lo yucateco, ocuparon las labores y los días de arquitectos, músicos, pintores, poetas, lingüistas, arqueólogos, historiadores y novelistas. Los méritos de sus obras están a discusión. Desde los que las catalogan como simple "color local" hasta los que ven en ellas una expresión estética original y de valía. De manera independiente a su valor artístico, su importancia para comprender los contenidos de las identidades regionales en la península de Yucatán es fundamental. Si la cultura y los discursos se alimentan de símbolos, la labor de estos intelectuales ha sido la de crearlos. Con tal fuerza que este Yucatán y estos mayas, inventados durante las primeras décadas del siglo XX, han provisto y siguen alimentando los imaginarios sociales, la cultura popular y los discursos públicos y políticos que se utilizan en el siglo XXI. Conscientes de que este fenómeno fue histórico y que resulta ahora irrepetible en un mundo global que uniforma las identidades locales, en la Revista hemos procurado durante los últimos años dar voz y rostro, de nuevo, a un pequeño grupo de estos intelectuales y artistas que, de manera independiente a la mayor o menor fuerza de su obra, ayudaron a crear la identidad regional contemporánea.

En esta ocasión la mayor parte de las páginas son ocupadas por la figura y la obra de un ensayista y poeta que tiende a ser olvidado y cuya obra aún espera ser valorada: Luis Rosado Vega. Aun cuando su lenguaje en prosa y poesía acusa el paso del tiempo, logró desarrollar una obra vasta y original. Aparte de la influencia de su entorno cultural, que lo llevó a su particular re-creación de lo yucateco, las mejores líneas de Rosado Vega se encuentran en su poesía y prosa íntima y solitaria, en su escepticismo, en su permanente consciencia y reflexión sobre la muerte. Comenzamos con la introducción a su primer libro publicado en 1902, seguido de varios ensayos sobre el poeta y terminamos con la crónica de su fallecimiento en 1958. Agradecemos a Roger Campos y a Gabriel Ramírez su valioso material hemerográfico.

El número se complementa con un material fotográfico que nos ilustra, estación por estación, la expansión del ferrocarril en Yucatán en el año de 1900. Estas visiones de la construcción del ferrocarril de Mérida a Peto son interesantes no solo porque nos muestran una amplia gama de tipos y paisajes sociales, sino también porque son un símbolo de la idea de progreso que acompañó el liberalismo porfiriano. Se pretendía que el ferrocarril siguiera de Peto hasta Chan Santa Cruz, hoy Felipe Carrillo Puerto, en el afán colonizador de un territorio que aún estaba entonces en manos de mayas autónomos, rebeldes a la autoridad del gobierno. Más aún, el proyecto incluía continuarlo hasta llegar al mar Caribe, integrando toda la península en una red ferroviaria. La detención del proyecto demostró que la idea de progreso prolongado y evolutivo que sustentaba el liberalismo del XIX fue efímera. La Revolución demostró que el progreso es algo relativo y que el cambio y la mejoría social se logran de maneras mucho más accidentadas. Otros ensayos, entrevistas y opiniones complementan este número.

Luis Alfonso Ramírez Carrillo